

Resistir cantando un corrido.

Junio 2019

Son mis últimos días en Phoenix Arizona, estoy en un restaurante de mariscos estilo Sinaloa. Uno de los miles de rincones en este territorio, que sin pretenderlo, se convierten en portales de teletransportación a México. El mobiliario, la música, la forma de vestir de los comensales, las texturas de los muros y los pisos, el menú, las meseras, el tipo que prepara el sonido para el karaoke, son un conjunto de estímulos sensoriales que convergen en la ilusión de no estar en tierra ajena. La concepción de frontera desaparece dentro de este pequeño local con un solo baño.

Comparto la mesa con la familia con la que he vivido estos siete meses, con algunos de sus amigos y compañeros de trabajo. De las 10 personas en la mesa solo los niños tienen la etiqueta de "Legales". Sus madres y padres pagaron al pollero el acceso al país U-Haul. Tuvieron la suerte de no ser de los miles que quedan varados en la frontera o se pierden en el desierto hasta convertirse polvo de huesos en la arena. Llegaron bien y comenzaron de nuevo en la gran y "legítima América", quien de alguna forma u otra se empeña a diario de recordarles que no los corre porque no quiere y les restriega en la cara la bandera de hospitalidad hipócrita a la que llaman sueño americano.

Mientras una mesera recoge los platos sucios, pedimos cerveza y tequila. El hombre del karaoke anuncia que en unos minutos va a comenzar la hora de cantar y levanta pedido de canciones mesa por mesa. Nuestra mesa es la última en agregar a la playlist himnos norteños como "El columpio" de los Rieleros, "No hay novedad" de los cadetes. Yo pido "Adiós amor" de Christian Nodal. La canción de despedida perfecta para una ciudad donde uno se puede enamorar sentado en el asiento de copiloto durante las horas gastadas en el freeway.

Después de algunas canciones coreadas y media botella de tequila, en nuestra mesa hemos olvidado que hace apenas dos días Trump había anunciado deportaciones masivas en varios estados del país, aunque Arizona no estaba en la lista, el miedo colectivo de perderlo todo invadió la ciudad color galleta y la tristeza recorrió nuestra casa cuando las pantallas presentaron el horror, la anti-fantasía, de las separaciones forzadas. Mi mente y mi corazón se llenan de honra y agradecimiento porque han decidido ignorar el miedo y me han organizado esta despedida.

Casualmente en el momento en que recuerdo la tortuosa semana de encierro, noto que en una de las pantallas del lugar una presentadora latina da pauta a una noticia con el título "El domingo podrían comenzar las redadas de ICE". No alcanzo a enfocar totalmente mi atención porque en ese mismo instante suena un bajo sexto y la voz en coro de prácticamente todas las personas en el restaurante coreando:

*"Casi 14 años sin ir a mi tierra a donde nací
Ya todo ha cambiado, le ruego a mi Dios
No se olviden de mí"*

Es la primera estrofa del corrido de Juanito de Calibre 50 reproduciéndose en las pantallas del karaoke. Para mí antes era un éxito más de la banda sinaloense, pero en este momento se ha convertido en un himno de resistencia ante la hostilidad que muestra la otra pantalla, la de las noticias. La canción resume en 4 minutos el espíritu y la situación de la mayoría de mis amigas y amigos aquí presentes, el lenguaje sencillo pero poderoso del corrido, el autor* logra contar un relato común en los más de 36 millones** de mexicanos viviendo en este país.

Muchos de los versos son tristes, recuerdan situaciones como la muerte de los familiares en México a los que jamás volverán a ver, el miedo a la migra y las tumbas en el desierto de los compañeros de camino que no lograron cruzar la frontera:

*...“La vida no es fácil y menos acá
Lo que dicen no es cierto
Nomás de acordarme las miles de cruces
Que vi en el desierto
Las noches son tristes
Pensando y pensando en los que se quedaron
Se me pasa el tiempo”...*

La visión nacionalista nostálgica tan arraigada en México hace que al migrante se le acuse muchas veces de cobarde, de mal patriota. Se les condena al olvido por irse de su tierra y se les considera menos mexicanos por la ambición de buscar norte. Pensamos que quien se viene para acá es egoísta, hace fortuna en dólares, y se pierde en la búsqueda de los afamados “papeles” sin importarle los parientes y la tierra convulsa que dejan atrás. Este momento, en este pequeño de west Phoenix, con esta gente con la que no tengo ningún vínculo sanguíneo me doy cuenta de que México no es un lugar, México no es la tierra, ni los padres, ni la bandera, ni el idioma. México es una semilla que rompe la frontera, florece y se expande.

El nacionalismo se equivoca, se puede ser Mexicano donde sea y quien se siente Mexicano puede estar en la tierra más hostil del mundo y hacer de una canción popular un himno que se pone al tú por tú con el discurso que le dice: invasor, delincuente, ajeno. Ser Mexicano es una constante resistencia al sistema donde uno está condenado a la miseria, ser mexicano es venirse huyendo del miedo al hambre y de las balas perdidas. Es trabajar mucho pero con una esperanza de que los que siguen no tengan que esconderse cuando pasa la migra. Ser mexicano es volver, si se quiere volver, y no volver cuando no se puede, pero siempre tener en el corazón a quien se quiere desde lejos. Es amar sin olvidar. Ser mexicano es cantar con un montón de desconocidos en cualquier parte del mundo:

*“Y aunque me miren pa' abajo
La cara levanto empinándome un bote
Como quiera soy amigo y también mexicano
Mexicano hasta el tope”*